

PRIMER PREMIO

LA RESIDENCIA

Por María Blanca Blanquer Prats

La residencia estaba en la falda de la montaña, frente al mar; en un edificio moderno, bien acondicionado, con dormitorios individuales y salas comunes, en que no faltaba la capilla, el consultorio ni la sala de visitas. La capilla era pequeña y acogedora: la sala de visitas amplia y bien amueblada; el consultorio ocupaba un pequeño espacio al fondo de la planta baja y por la parte posterior se comunicaba con un edificio anexo en el que estaba la enfermería que apartaba de la pequeña comunidad humana a las residentes con enfermedades graves o en fase terminal. En el jardín abundaban los tilos que bordeaban las alamedas y daban nombre al lugar. La cancela abierta como símbolo de la libertad de que gozaban aquellas aves, con las alas rotas, que ya no tenían un nido al que volver.

La sala de visitas era la menos usada; el consultorio, lugar de concurrencia matutina en que el Doctor Forteza escuchaba amablemente la descripción de dolores y molestias; la mayor parte de las veces tenían su origen en la soledad y el tiempo que abrían las llagas del miedo en las carnes decrepitas y sabía que su hedor podía disiparse con las pastillas inocuas que las pacientes atesoraban diferenciándolas por sus colores: La roja por la mañana, las blancas al medio día, la rosa antes de acostarse..

Con la misma lentitud que las tardes se acercaban a las noches, las vidas se agotaban deslizándose por el tobogán que las conducía a lo inevitable. La muerte, como las flores en primavera o las nieves del invierno, tenía su tiempo señalado y, aunque el clima o los tratamientos la retrasaran, su cita era inexorable. Su antesala era la enfermería; se regulaban las visitas, y en momento determinado quedaban prohibidas porque la agonía no necesitó más diálogos que aquellos que tuvieron a Dios como interlocutor

Cuando alcanzaba a alguna de ellas el cadáver salía por una puerta trasera hacia el tanatorio municipal y el funeral se celebraba en la Parroquia del cercano pueblo al que acudían, en aras de la intimidad, solo los parientes, Doña Mercedes y, algunas veces, el médico. La Directora se encargaba de darles la triste noticia de que la compañera había alcanzado el merecido descanso y gozaba de una vida mejor.

Una vida mejor... Así se llamaba a la muerte en la Residencia. La muerte era otra compañera, oculta, temida y persistente que podía alcanzar-

les bajo el techo de las habitaciones o la sombra de los tilos del jardín; y siendo que todas se aferraban a la vida que restaba sin ansias de conocer esa otra mejor, dejaban que alguna lágrima secara en los pañuelos y se esforzaban en imaginar el rostro que sustituiría al que fue de la compañera, quizá amiga, ocupando la plaza vacante que ella dejó.

Entre los muros de la Residencia se reproducían los modelos de la sociedad que las había relegado y surgían los afectos, las confidencias, las rencillas y los enfados que podían deberse a desacuerdos sobre el nivel de la sal en las comidas u opiniones contradictorias acerca de los protagonistas de los seriales que aparecían en la única ventana real que les asomaba al mundo que no era sino el televisor; cambiaban los sentimientos como los niños pasan de la risa al llanto con actitudes propias de la infancia perdida a la que su razón parecía regresar. Después cesaba la espuma de su oleaje y, sobrevenía la calma, a falta de proyectos de futuro se contaban las historias del pasado que guardaba la pálida memoria deformada.

Las había que ingresaron porque no tenían familia; otras, más afortunadas, aún tenían parientes que les escribieran o las visitasen. Y estaban aquellas que llegaron para estar un tiempo y seguían esperando que los hijos cumplieran la promesa de ir a buscarlas; en la fecha revista preparaban su maleta tejiendo un manto de esperanza que perdía los hilos al anochecer cuando las prendas recuperaban su lugar en la cómoda o el armario. Doña Mercedes, la Directora, era el testigo petrificado por la experiencia de las decepciones y maestra en las excusas vanas que deslizaba en oídos atentos y tan necesitados de creer en sus palabras.

Doña Manuela nunca había oído hablar de la Residencia cuando los dolores de espalda que ya conocía se tornaron insoportables y persistentes, se extendieron a las piernas restándoles fuerza y movilidad y, tras someterla a una serie de pruebas, el traumatólogo diagnosticó una estenosis que debía ser tratada quirúrgicamente y a la mayor brevedad.

Begoña, su nuera, tenía un primo hermano director de un hospital alicantino al que inmediatamente fue trasladada; la sometieron a una laminotomía y meses más tarde tendrían que hacerlo a una fusión espinal. En ambas operaciones Pablo, su único hijo, buscó un lugar cercano que permitiera acudir a las consultas evitando los continuos viajes que, en otro caso, hubiera tenido que hacer desde Madrid. Se barajaron distintas opciones y Los Tilos resultó elegida por el emplazamiento próximo a Alicante y la comodidad de las instalaciones. Pablo resolvió todos los trámites y la ambulancia la trasladó al lugar en que le asignaron una habitación con cama adaptable como la que tenía en el hospital.

El único problema era que la invalidez de Doña Manuela requería una atención permanente y la directora sugirió varios nombres de mujeres que habían cumplido estas funciones siendo Reme la elegida, una cuarentona, robusta, con el pelo rojizo, de manos expertas en los masajes que frecuentaba la Residencia para hacer sustituciones o atender a las internas. Pablo acordó con ella el horario y el sueldo y le regaló un teléfono móvil para que pudiera comunicarse con él a cualquier hora del día o de la noche porque su trabajo le impediría desplazarse con la asiduidad que le hubiera gustado.

Doña Manuela asistió impávida a los acuerdos alcanzados, demasiado débil para intervenir y al atardecer llegó hasta ella el olor de la tierra húmeda que le hizo recordar...

La vetusta casa de sus primeros años al pie de la colina cuyos alrededores eran el edén que recorría en los paseos cogida de la mano de su madre; la chaqueta del abuelo que se inclinaba en la manga sin brazo que cubrir porque su carne destrozada quedó entre los escombros de un edificio bombardeado, los flores frescas y silvestres ante el retrato del hombre joven, al que nunca pudo llamar padre porque perdió la vida en una batalla de esas en que algunos ganan y todos pierden, y la guerra la condenaría con apenas unos meses a la orfandad.

Hasta que la humedad trepó por los muros, el frío reventó las cañerías, la nieve anidada largo tiempo sobre las tejas lo agrietó y como la guerra se había llevado vidas y haciendas se enfrentaron a un coste que no podían afrontar y la vendieron a una empresa de hoteles que la convertiría en un albergue rural. Con el precio de la venta compraron un piso pequeño en Madrid y guardaron el resto para alguna emergencia porque en aquellos tiempos, cuando la previsión no formaba parte de los problemas de las clases acomodadas ni existía una Seguridad Social obligatoria, quienes perdieron sus pocas o muchas riquezas, estaban destinados a la penuria. Todos sobrevivían con la pensión de viudedad de la madre.

Al principio no podía salir de la habitación; las residentes acudieron a conocerla, a interesarse por su dolencia. Cuando la fatiga era visible en sus facciones, Reme las alejaba a pretexto de los tratamientos que debía prodigarle y Doña Manuela conseguía el tiempo del reposo que tanto necesitaba.

Unas semanas más tarde empezó la rehabilitación; era tan dolorosa que la hubiera rechazado resignándose a la invalidez si Reme no se lo hubiera impedido con pequeñas claudicaciones en los ejercicios y las palabras de ánimo. Cuando intentaba levantarse su cuerpo se transformaba en

plomo y la columna en un sable que atravesaba la espalda. Pero Reme estaba allí, para sostenerla, para sonreírle, para celebrar los pequeños progresos a costa de los grandes sufrimientos. Meses más tarde pudo sentarse en una silla de ruedas y acudir a los lugares comunes de la Residencia y pasear acompañada por la fiel asistenta a través del jardín. Pablo llamaba de vez en cuando pero sus ocupaciones le impidieron asistir, como hubiera querido, para ser testigo de la mejoría.

Doña Manuela se debatía entre el reproche melancólico y la comprensión; Reme le decía que los hombres, ya se sabe, cuando tienen trabajo no lo pueden dejar por si los echan... Y entonces le contó la historia de los botones...

Había pasado la infancia en el colegio de huérfanos de Aranjuez al que llegó siendo una niña delgada y pecosa y del que salió convertida en una grácil mujer en cuyo equipaje de regreso guardó la florecilla que arrancó del pequeño parque que ampulosamente llamaban la pradera, los rostros y nombres de sus amigas y de algunas monjas, y las notas del último cántico ante la gruta de la Virgen, madre del santo recuerdo... que, efectivamente, nunca pudo olvidar. Quería estudiar medicina o biología y aprovecharía lo que ya eran las perpetuas vacaciones del colegio para disipar las dudas que aún tenía.

Mas he aquí que el regreso no fue el esperado; los abuelos no estaban, por vez primera, en el andén de la estación, transformados los cuerpos en esculturas desvencijadas. Sintió el temblor en los abrazos viejos al estrecharla e intentó asimilar la imagen a través de las aguas que le inundaban los ojos. Apenas pudo dormir; al levantarse observó que algunos muebles de valor que aún conservaban habían desaparecido y su madre, pálida y enflaquecida, atendía solícita a las necesidades domésticas: Su primera función era el aseo personal de los ancianos, distribuía los desayunos, limpiaba la casa, cocinaba, lavaba la ropa entre la que abundaban las sábanas porque el declive fisiológico requería que se cambiasen con frecuencia. Los escasos ahorros se habían agotado y no podían pagar ninguna ayuda.

Ser médica, o bióloga, ambas podían llevarla al éxito, quien sabe si a la gloria, pero jamás le conferirían la dignidad de su madre, una viuda, una simple ama de casa de esas que las siguientes generaciones demostrarían en pro de la independencia económica y eran el vivo ejemplo de la entrega sin recurrir a los lamentos. La escena familiar traspasó sus ojos de niña penetrando en su alma de mujer y dio un salto a la prematura madurez dejando atrás la primera juventud que ya nunca volvería.

Manuela, empezando desde las tareas más elementales, aprendió a llevar una casa. Si tenía un rato de descanso lo aprovechaba para transformarse en los personajes de sus libros consumiendo su fuego interior en la intemperie de los mundos que jamás conocería, a veces cenicienta redimida, otras princesa enamorada... Cuando los ojos, primero del abuelo y casi inmediatamente de la abuela, se cerraron definitivamente, aún tuvieron que pasar semanas para darse cuenta del enorme cansancio que durante años arrastraron.

Poco después el presidente de la comunidad de propietarios les planteó la necesidad de rehabilitar la finca conforme a un presupuesto tan elevado que no podrían hacer frente a la deuda. Pensaron en venderlo, buscar otro en alquiler, pero el estado del inmueble era tan lastimoso que su precio sería mínimo, los arrendamientos se habían encarecido y los números no daban confianza en ninguna solución; salvo conseguir otros ingresos mediante alguna clase de trabajo. Iniciaron el peregrinaje hasta que su madre lo consiguió en una tienda de ropa de la que recogía las prendas para adaptarlas a las formas o caprichos de las damas. Manuela, al principio, solo iba a comprar las cremalleras y botones a una mercería cercana. Tomás, hijo de los dueños ayudaba en la elección y ocasionalmente deslizaba en el paquete algún botón de más, una cinta, un pedazo de encaje. Mas tarde se interesó por las prendas, aprendió a diseccionarlas, reprodujo los modelos y ensayó sus primeras blusas y faldas. Tomás le propuso exponerlas en sus escaparates. La relación entre los jóvenes se iba estrechando y conocieron de un amor sustentado en la mutua comprensión, la inquebrantable confianza y la ternura.

Su boda fue sencilla y entrañable. Un vestido de blanco satén confeccionado por ella misma, flores en la cabeza que a modo de ramaje desparramaban el tul. Antes de salir hacia la Iglesia su madre le dijo que se sentara porque tenía algo importante para ella. Abrió un estuche de terciopelo azul que guardaba el anillo con el más hermoso brillante que hubiera imaginado.

—Ha pertenecido a muchas generaciones de la familia de tu padre, hasta que llegó a tu abuela y ella me encargó que te lo entregase como su regalo de boda en el día que contrajeras matrimonio.

El anillo en su mano rivalizaba con la mirada que humedecía la emoción.

Después de casada Manuela continuó con sus diseños; Tomás le sugirió que podía venderlos en otros puntos de la ciudad y Manuela se sorprendió de que tuviesen tan buena cogida que no pudiera atender todos los

pedidos. Contrataron a dos costureras, alquilaron una planta baja, larga y oscura, para instalar un taller, aumentaron los pedidos y las trabajadoras, ahorraron lo suficiente para comprar una pequeña nave y al cabo de unos años tenían su propia fábrica en un polígono, sus representantes en toda España y un nombre reconocido en el sector textil. Ambos trabajaban incesantemente y recordando los viejos tiempos calibraban los beneficios en función de los botones empleados.

Pablo fue el hijo más deseado que pudo haber. Nació fuerte y hermoso, demostró ser inteligente, terminó la carrera de Económicas y se incorporó a la fábrica en que hubo que frenar sus ímpetus juveniles que le inducían a sustituir al personal por las nuevas máquinas y expandirse al extranjero. En modo alguno dejarían sin trabajo a quienes se unieron a su esfuerzo y soportaron retrasos en el cobro de las nóminas. Lo suyo era aprender, adquirir experiencia... Cuando la memoria regresaba a las primeras decepciones callaba su boca.

—Antes éramos tres y ahora está solo para atender el negocio.

Reme también le habló de su familia, del marido mecánico, de los hijos que querían seguir los pasos de su padre con el sueño inalcanzable de tener su taller propio. ¿Se animaría a salir de la Residencia y pasar una tarde con ellos? Doña Manuela aceptó y Reme la llevó a su casa; estaba en el otro extremo del pueblo, a las afueras, y se componía de una planta baja que al fondo tenía un corral; en él pululaban conejos y gallinas que contribuían a la alimentación de la familia y le ofreció una tortilla con los huevos puestos aquella misma mañana. El marido y los hijos la saludaron tímidamente; él parecía un buen hombre, los niños eran educados. Al marcharse deslizó unos billetes en la mano de los niños pero Reme impidió que lo aceptaran, como jamás le admitió una propina, porque gracias a ella ya tenía un trabajo y un sueldo que le venía muy bien.

Y aquella noche volvió irremediablemente a sus recuerdos; en la lejanía escuchó un cántico que tejía un enredado de hiedra amarga en la memoria errática detenida en el primer desencuentro con Tomás al no le gustaba el ritmo de vida del hijo, la afición a los coches, las compañías de gentes ricas que dilapidaban el dinero con sus fiestas y viajes; pero era otra generación en un mundo distinto y la madre lo disculpaba.

Le complacieron en el cambio de piso; otro mayor, mejor situado, en que él escogió los muebles y distribuyó las fotografías de sus ancestros, las condecoraciones y medallas de los antepasados, viejos pergaminos de baúles antiguos que el tiempo había quebrado... Para ella era una forma de homenajear a la familia. Para Tomás, una fatuidad innecesaria.

Tomás enfermó; ese mal silencioso que corroe se incrustó en su cuerpo conduciéndole a un terrible final; permaneció a su lado, la mente se aferró a la obsesión de no derrochar ni un solo minuto del calor del cuerpo que trenzaba en sus abrazos y sintió que aquellas manos fuertes se tornaban en astillas de dolor de un moribundo fundiéndose en sus dedos cual aviso de un vacío galopante. El pecho se alzaba y descendía en los estertores agónicos y su voz pronunció una frase entrecortada.

—Cuídale... él te necesitará siempre...

Por primera vez abandonó la fábrica y regó con su llanto la silenciosa tela de las almohadas. Después se quedaron solos como un lienzo inacabado porque los colores se perdieron en alguna desconocida playa.

Ya nada volvió a ser lo mismo. Como nuevo Director-gerente de la fábrica, Pablo se hizo imprimir tarjetas de visita en que constaba su nombre, el primer apellido, García, se redujo a la inicial y el segundo, Arga del Burgo, se extendió por toda la cartulina. Trajo a casa a sus nuevos amigos y una tarde le pidió que vistiera sus mejores galas y luciera el anillo de brillantes porque iba a presentarle a su novia.

Aquella muchacha bonita, con exquisitos modales, no fue del agrado de Manuela; le molestó la mirada observadora que escudriñaba los rincones, los retratos de los ancestros y los cuadros con medallas. Tenía la impresión de que su propio hijo se sometía ante ella a un examen y esperaba el beneplácito. Lo que más le dolió fue que Pablo la describiera como una aristócrata convertida en diseñadora de moda y se apresuró a corregirle dulcemente; si en su familia hubo aristócratas debió ser hace muchos siglos porque nadie lo recordaba y ella era una simple costurera que aprendió a ser modista copiando lo que otros creaban.

—¡Te lo dije! Mamá es tan humilde como estupenda, ya la irás conociendo.

La familia de Begoña se dividía entre Madrid y Santander; la mayor parte del año estaban en la capital pero pasaban grandes temporadas en el norte atendiendo a sus importantes negocios de siderurgia. Se conocieron poco antes de la boda; los encuentros posteriores fueron escasos y solo sabía de ellos porque Pablo le contaba lo bien que le habían acogido, las ofertas que le hacían en el seno de sus negocios...

—Afortunadamente tienes el tuyo y no lo necesitas ni te conviene dispersarte —le interrumpió.

Su vida de esposo y padre les había distanciado y las cañerías por la que otrora discurrió el agua limpia de sus comunes pensamientos se atascó de guijarros que solo permitían el transcurso de los gestos.

Pablo acudió varias veces durante el primer año; la última para acompañarla a la revisión en el Hospital. Begoña lo hizo una vez con los dos hijos que iniciaban la pubertad, muy ocupados con el colegio, las actividades, el verano que ya no pasarían con ella porque se iban a estudiar a Inglaterra y Pablo acompañaría a Begoña a Santander para atender a los asuntos de su familia...

Veintisiete meses en la residencia, de terapias, de controles, le hicieron reconocer que no volvería a ser la misma; no le abandona el dolor subyacente ni regresaba la fuerza a las piernas que arrastraba; era cuestión de asumirlo y regresar a la normalidad y así se lo planteó cuando el hijo fue a verla un fin de semana. Se extrañó de que Pablo se opusiera con tanta vehemencia.

—¿Qué tontería es esa, mamá? El piso es muy grande para ti sola, recuerda esos dichosos escalones del zaguán que aún no estás en condiciones de subir y, aunque me encantaría, yo no podré estar siempre contigo. Tendrías que meter en casa a una o dos personas de máxima confianza y no conocemos a ninguna.

—Lo podemos resolver cuando esté allí.

—En todo caso, deja que yo me ocupe. Pero no tengas prisa porque aquí estás muy bien atendida.

Las visitas se espaciaron y aunque cada vez que iba a verla ella sacaba el tema del regreso, él desviaba la conversación hacia otras cuestiones y lo hacía en el tono sumiso de quien se cree en la obligación de justificarse.

—Tengo una buena noticia para tí, mamá. Vamos a exportar al extranjero.

—Eso significa más maquinaria, más operarios y, en suma, incrementar la inversión. Un riesgo innecesario con el que no estoy de acuerdo, Pablo. Guarda las reservas por si algún día...

—Los tiempos cambian, hay que abrirse al futuro para ganar a la competencia.

—De momento, no tomes ninguna decisión. Cuando yo vuelva lo hablaremos.

—¡No lo puedo creer! ¿Acaso pretendes volver a la fábrica?

—Lo he hecho toda mi vida...

—Ahora estoy yo y no lo necesitas.

—Ni te imaginas cuanto. La fábrica fue mi segundo hogar y aquí me siento una extraña. Te comprometiste a buscar...

—Estoy en ello; pero el otro día hablé con el cirujano que te operó y me dijo que esperases un poco más porque en Madrid vamos a tener un invierno muy frío.

—En Madrid los inviernos siempre han sido fríos y eso no me preocupa. En casa hay una buena calefacción y tengo ropa suficiente para salir bien abrigada.

—Como quieras, mamá. Pero de momento preocúpate solo de restablecerte y descansar.

Manuela no estaba cansada, solo agotada. Aquella tarde, no abrió el libro que tenía entre las manos y meditó frente a la ventana; a su través podía distinguir las cimas azules de las montañas y los árboles desnudos que dormirían hasta que llegase su primavera y renaciera el verdor de las hojas, el aroma de las flores y el sabor de los frutos que exacerbaban los sentidos. Pero nadie pensaría en la savia a la que nunca cantaron los poetas, ni nunca se consideró hacedora de las espléndidas primaveras.

La Directora de la Residencia empezó a recelar de la temporalidad de su estancia cuando aquel caballero atento que pagaba puntualmente y saludaba con la máxima cortesía le había pedido confiarle cualquier intención de abandonar el centro. Lo hacía por su propio bien. Ella calló prudentemente pero Manuela sospechó que el interés de Pablo por despedirse de Doña Mercedes y que excusara su presencia tenía algo que ver con la discusión que habían mantenido. No necesitaba el consentimiento de nadie para regresar a la vida que tuvo y quería recuperar. Iba a escaparse, como una furtiva, de los barrotes que cerraron su alma y solo necesitaría la complicidad de Reme que se negó a secundarla a menos que le permitiera acompañarla. La condición era el silencio, porque ella misma llamaría a la Directora por la noche, cuando ya se hubiera instalado de nuevo en su casa.

El jilguero liberado emprendió su propio vuelo y al divisar los perfiles de la capital supo que allí estaba el lugar que fue su nido y ante la fachada de su casa ahogó un gemido emocionado en la garganta.

El conserje no estaba en la garita; solo con el apoyo del bastón llegó a subir aquellos escalones otrora inalcanzables; el ascensor las llevó al segundo piso y una vez allí se produjo la ceremonia de las llaves que tintinearón como campanillas en el breve trayecto hasta la cerradura. Tal vez el tiempo de los cerrojos, el ligero temblor en las manos, algo marcaba la re-

sistencia del metal al acceso. Manuela le pidió a Reme que, mientras ella seguía intentándolo, bajase a buscar al conserje, porque tal vez necesitaría un cerrajero. Todo parecía inútil cuando una voz femenina se oyó a través de la puerta.

—¿Quien está ahí? ¿Qué quiere?

Pasaron unos segundos antes de que Manuela dedujese que se trataría de alguna señora a la que su hijo habría encomendado la limpieza.

—Soy Manuela Arga, la dueña. ¿Querría usted abrirme? Parece que mi llave no funciona.

La puerta solo se entreabrió lo que permitía la cadena de seguridad y el rostro de una mujer joven asomó por la rendija.

—Debe haberse equivocado, señora. Seguramente va usted a otro piso.

Doña Manuela sonrió, benevolente e inquieta, asustada ante el pensamiento de que no hubiera sido capaz de reconocer su propia casa. Pero esa la calle, el patio, el número de la planta sobre el ascensor no dejaba lugar a dudas.

—Sí, sí, debe haber un error, pero no por mi parte y no entiendo que hace usted aquí.

En ese momento, Braulio, el conserje, acompañado de Reme, llegaban al descansillo.

—¡Doña Manuela! ¡Qué sorpresa! ¡No sabe lo que me alegro de verla!

—Muchas gracias, Braulio; yo también me alegro de verle pero ¿puede usted explicarme que hace esa señora en mi casa?

El conserje palideció, no acertaba a decir palabra y se descorrió la cadena de seguridad que impedía el paso permitiendo que la desconocida quedase visible ante todos.

—Braulio, deduzco que conoce usted a esta señora.

—Ya lo creo. Vivió aquí muchos años.

—¿Como que viví? ¿Acaso es que estoy muerta?

—Verá, señora, yo no sé como explicarlo...

—Tal vez sea yo quien tenga que hacerlo —interrumpió la intrusa— ¿Quieren hacer el favor de pasar? Tomen asiento. —El interior del piso no se parecía en nada al que ella dejó. Tabiques desplazados, mobiliario dife-

rente y una extraña que le permitía el paso. —Este piso lo compramos mi marido y yo hace casi dos años. Puedo enseñarle la escritura.

—Eso no es posible porque yo no la he vendido.

—Si me permite un momento...

Se alejó unos minutos y regresó con un documento notarial en la mano en el que podía leerse que D. Pablo... en nombre propio y como representante legal de su madre, Doña Manuela Arga del Burgo... según escritura de poder otorgada.... vendía la vivienda situada en... a...

El documento resbaló de sus manos, quedó sobre las baldosas que habían iniciado una danza frenética y alzó los ojos a las ventanas en que el sol había oscurecido; la desconocida la miraba compasiva, debatiéndose en la duda de si estaba ante un engaño o una persona afectada de alzhéimer. Reme se levantó.

—Disculpen la molestia. Yo me hago cargo de la señora y gracias por todo.

Al alcanzar la calle se detuvieron. Manuela apoyó la espalda contra el muro. Necesitaba tiempo para que el corazón descendiese desde la garganta en la que le impedía respirar y pudiera recuperar el habla. Pesaba sobre ella un madero aplastante y tan solo tenía en sus manos un recurso: La verdad.

Francisco Bárcena, algo más de sesenta años, grueso, bastante calvo, vestido con un traje oscuro salió inmediatamente a recibirla y la acomodó en su despacho. El tiempo pasado, la salud, los lugares comunes que rompen el hielo de un encuentro inesperado...

—Como me alegro de que estés aquí porque me demuestras que, al menos, permanecen el afecto y la amistad. Creo que la verdadera razón por la que tu hijo decidió prescindir de mis servicios es que le desaconsejara la expansión, porque depender de la coyuntura internacional siempre es aleatorio y tal como iba la fábrica no lo necesitaba. Tampoco estuve de acuerdo con que la fábrica se integrase en el holding de su suegro. Desde ese momento algo cambió en nuestra relación y cuando le pregunté si tú estabas de acuerdo con la inversión de toda las reservas se molestó abiertamente por dudar de su palabra y... bueno... ya sabes lo que vino después. ¿Pablo está en Madrid o continúa en Santander?

Manuela suspiró al regalarle una sonrisa. Francisco Bárcena desplegó los labios y su boca permaneció abierta. El rostro demudado, aquellas pupilas clavadas en su rostro que tal vez ni siquiera le veían le produje-

ran tan profunda desazón que algo le impulsó a levantarse y coger entre las suyas las manos que sintió heladas.

—Manuela —le susurró— ¿He dicho algo que tú no supieras...?

—Nada que no debiera saber. Pero he de pedirte un favor: Jamás le hables a mi hijo de esta visita.

La voz no atinaba el volumen y Francisco Bárcenas percibió la sal rezumando en los labios. Acostumbrado a improvisar como un deber más de su profesión, esta vez se sintió perdido.

El mundo que las rodeaba se pobló de sombras; una lluvia fina empezó a caer desde el cielo y coloridos paraguas brotaron de las manos erguidas. Los coches desplazaban el agua de los pequeños charcos y las marquesinas servían de refugio a los más desprevenidos. El horizonte se convirtió en un espejo vacío de imágenes y Reme descubría un rostro en que se deformaban las facciones como ante una tempestad las dunas del desierto.

El regreso fue silencioso, ni una sola palabra en el aeropuerto, ni durante el vuelo o el coche que las condujo hasta la Residencia. Allí, en el zaguán, un líquido amarillo recorrió las piernas de Manuela que se desplomó en el suelo sobre su propia orina.

Reme, fiel a su compromiso, guardó absoluta reserva sobre lo vivido aquella jornada. El cuerpo de Manuela se había disociado por unos instantes de su alma; ni los análisis ni los reconocimientos descubrieron la causa y el doctor Forteza diagnóstico un posible ictus, no confirmado, que afortunadamente no le había dejado secuelas. Doña Mercedes dio parte al hijo de lo acaecido y él aseguró que en cuanto regresara del viaje que estaba realizando iría a verla.

Había pasado más de un mes cuando apareció por la Residencia.

Se la llevó a comer en un restaurante; aseguró encontrarla mejor que nunca, más guapa que la última vez que se vieron porque, a pesar del incidente que por fortuna había superado, gracias a los consejos del cirujano, su estancia en la Residencia le había favorecido en todos los órdenes. La fábrica iba muy bien, los niños podía decirse que ya dominaban el inglés y estaba pensando en que empezaran los estudios de alemán... Begoña absorbida por la empresa familiar, la Directora ya sabe que si alguna comida no te apetece tiene que pedir lo que quieras en algún restaurante exterior

En el vientre que lo había concebido estallaron las entrañas derramando el zumo imposible de los metales. Era su hijo, el que había reducido a escombros su propia vida y pagaba el sacrificio con el precio de una residencia de lujo, una asistenta privada y acaso una comida especial...

Los pensamientos viajeros llegaban y partían sin detenerse en la posada de su mente y en un rincón del mundo alguien tendía las manos pidiendo amor y las retiraba arañadas de esparto. Cuando regresó su conciencia contempló aquellos ojos que ocultaban el miedo. Y supo que la causa de ese miedo era la mentira.

Pero ella estaba en posesión de la verdad y podía disiparla; decirle que aunque él hubiera heredado la parte de su padre ella seguía siendo la propietaria mayoría de la fábrica y tenía el poder de decisión; que conocía sus maniobras, sus inversiones, la venta de su propia casa y el abuso de los poderes que le había conferido. Estaba tan enojada que temía una conversación vehemente que los alejara; decidió meditar con prudencia la forma más delicada de decírselo sin herir sus sentimientos y sabía que si continuaban hablando difícilmente se iba a contener. O sea que vamos a tener un invierno especialmente frío...

Al despedirse le estrechó entre sus brazos con la misma ternura que le acunó cuando era un niño y luego le miró de frente porque de alguna manera tenía que prepararle para la conversación definitiva que por su propia voluntad había dejado pendiente.

—Nada hará que yo te deje de quererte.

Pablo no entendió el significado pero ella ya se alejaba sin darle la ocasión de que le pidiera explicaciones.

Aquella noche no le alcanzó el sueño; su mente era presa de la lucidez que provoca el enojo y tenía que planificar sus siguientes actos. El primero era comprar otro piso que podía ser más pequeño y recuperar las riendas del negocio para volver a la estabilidad de su empresa. Lo de exportar al extranjero ya se vería, pero en modo alguno mantendría las inversiones de Pablo en el holding de su familia política. Aunque perdieran dinero, venderían todas las participaciones. Rechazó la idea de escribirle; era mejor enfrentarse cara a cara, de una vez por todas, y si él, Begoña o sus consuegros se oponían, recurriría a Francisco Bárcenas que siempre había sido su abogado. Estaba dispuesta al enfrentamiento y podía hacerlo.

Tomada la decisión le sobrevino la laxitud que sigue al esfuerzo. ¿Realmente podía hacerlo?

Amainó la desconocida cólera en pro de la reflexión. Pensó en las consecuencias: poner en juicio su buen nombre, arriesgar su matrimonio, el futuro de los nietos. Y después... ¿Qué? ¿Ponerse otra vez al frente del negocio cuando sus fuerzas menguaban? ¿Podría enarbolar la bandera de la victoria cuando el vencido era su propio hijo? En algún momento se negó a

sí misma porque quien había elucubrado en las horas oscuras no había podido ser ella que jamás se enfrentaría a la vergüenza de que la empresaria se impusiera a sus sentimientos de madre, como el jilguero que para saciar su sed se ahoga en el pozo.

Unas semanas más tarde Manuela solicitó la presencia del médico y la Directora; ambos tenían que acreditar que estaba en perfectas condiciones mentales mientras eran testigos de unos folios escritos de su puño y letra que, posteriormente, introdujo en un paquete pequeño. Dio la orden de que, si le ocurría algo, le hicieran entrega a Reme que hasta ese momento no debía saber nada.

Era sábado. Reme la llevó a tomar un aperitivo en el pueblo. Mientras caminaban despacio Manuela se detuvo y la miró de frente.

—Reme. ¿Tú que piensas de todo lo que ha pasado?

Reme tuvo tiempo antes de contestar para pasar varias veces la mano por su cabello.

—Una vida da para mucho y desde que entré en la Residencia sé lo que hay detrás de lo que dicen las señoras. No es usted la única Doña Manuela, ha pasado antes... En la vida hay tantas historias reales que los novelistas no debieran molestarse en inventar. Sería bastante con qué las contarán.

Jamás volvió a preguntarle. Doña Manuela se marchitaba en sus silencios, cada vez más prolongados, en sus errabundas miradas ausentes. Hasta que inesperadamente Reme la oyó decir: Tengo que decírselo... Ha de saberlo...

Le preguntó que a quien tenía que decir algo.

—Mi marido. Él no sabe que ya no tenemos casa y que una parte de los botones ya no nos pertenece. Reme palideció, observó el temblor de las manos y una cascada de angustia en la garganta.

—A lo mejor no es necesario... Quizá lo sepa...

No le respondió. Podía ser un síntoma de demencia aunque posteriormente no se volvió a repetir. Acudía al refectorio, a las salas comunes, contestaba al teléfono... Si hijo, todo va bien, hijo, ya sé que tienes demasiado trabajo para venir cuando lo deseas...

Había encontrado la riqueza de la soledad y en las tediosas horas del atardecer se quedaba en su habitación, frente al cuadro gris de la ventana y sus palabras de oración suplicaban pues eran los atardecidos que precedían al anochecer temprano sus confidentes.

—Si estuvieras aquí... si pudieras venir, aunque fuese un ratito...

El regreso de Tomás tardó apenas unos días. Apareció frente a ella con el guardapolvo que siempre llevaba en la fábrica. Se miraron en silencio y cuando él sonrió ella le tendió las manos apretándolas hasta que las uñas se clavaron en las palmas vacías. Él había sido su gran ayuda, su gran amor... Cada tarde le contaba un poco de lo pasado desde que él se fue y lo hizo sin acritud hacia el hijo tan querido, utilizó palabras de comprensión a la generación nueva que busca sus propios caminos entre los tréboles... Tomás la esperaba cada tarde, la abrazaba, sentía su calor entre las sábanas del lecho... cada vez más joven, cada vez con más frecuencia con el jersey que llevaba cuando le conoció en la tienda y hablaban de los botones...

—Por cierto ¿recuerdas dónde guardamos mi traje de novia? Tendré que preguntárselo a los abuelos, o a mi madre...

Las visitas de Pablo eran cada vez más cortas y la duración menos intensa; las llamadas al móvil, los mensajes telefónicos que atendía alejándose lo suficiente para que no trascendiera su conversación. Los niños habían crecido y también tenían sus propios teléfonos, la tablet, continuamente tenían necesidad de comunicarse con los que habían dejado apenas unas horas antes y reencontrarían unas horas después sin importarles que los platos se enfriaran sobre la mesa. Begoña ojeaba las revistas que le habían llevado antes de dejárselas. Doña Manuela se preguntaba a veces si realmente estaban allí...

Empezaron sus tiempos de silencio, de retirada temprana... porque en el retiro de su cuarto empezaron a concentrarse otras personas. El abuelo con su traje de lujo cediendo en la pechera inclinada; la abuela que se cepillaba el cabello frente al espejo, la madre que cosía insistentemente inclinada sobre la máquina. Y de repente le reconoció: Aquel hombre joven al que nunca pudo llamar padre abría las manos y manaban unas extrañas monedas de vida para que pudieran subsistir y le regalaba estrechándola contra su pecho los abrazos que no llegó a conocer. Eran los únicos que no acudían con problemas de tiempo a sus citas vespertinas y no la abandonaban antes de que el sueño la venciera.

De pronto se impuso el silencio porque un ángel diminuto descendía para posarse en su regazo. Plegó sus alas para convertirse en un niño de piel sonrosada y los cabellos oscuros que se refugiaba en su regazo, tomaba la vida en su pecho y se dormía cuando ella le cantaba una nana. ¡Qué hermoso era su niño! Había nacido en ella el sentimiento que solo brota en una madre, besaba las pupilas vencidas de sueño y se extasiaba en los labios gordezuelos que la sonreían... La habitación se convirtió en un templo y las

voces silenciosas en un coro celestial. Tenía que vestir al niño con ropas imposibles y botones inventados porque hubo un día que se complació con la confección de una blusa copiada y había llegado al cenit con la producción de un ser humano nacido del amor.

Doña Manuela, poco a poco, dejó de hablar; esta vez no era la espalda sino el pecho en el que sentía la presión de una roca que ralentizaba los latidos. No se quejó, no acudió al consultorio aunque a Reme no le pasó desapercibido y avisó a la Directora. El médico le hizo un chequeo, ordenó una analítica y extendió una larga receta con los medicamentos que debía tomar y el régimen de vida que debía seguir. Doña Mercedes le dijo que para su mayor atención debía trasladarse por un tiempo a la enfermería. Sabía lo que significaba pasar un tiempo en algún lugar. Reme acudía a su lado, le leía algún libro, rezaban juntas... y cuando le decía que pronto estaría recuperada asentía complacida porque cualquier cosa que le deparase el futuro sería una forma de recuperación.

Llegó el otoño. El mar había oscurecido, el viento azotó los árboles y las hojas extendieron un paisaje de herrumbre en el suelo. Los sonidos de la naturaleza apagaron el canto de las aves y con la primera luz del alba se abrió una grieta azul en el cielo y la luz del sol reclamó su espacio de calor sobre la tierra

La Directora acudía a primera hora de la mañana a la enfermería para saber como habían pasado la noche; Manuela dormía tan plácidamente que dudó en despertarla; sin embargo...vse aproximó al lecho, observó que la sábana no se levantaba sobre su pecho y al ir a tomarle el pulso el brazo cayó inerte sobre la colcha. El doctor certificó que un gran corazón había dejado de latir y la Directora comunicó a las residentes que Doña Manuela había alcanzado el merecido descanso y gozaba de una vida mejor...

Era de las pocas veces en que la Iglesia acogió un cortejo fúnebre; incluso la familia política llegó al lugar en coches de alta gama y descendieron de riguroso luto para asistir a los funerales; Reme, desde el rincón de una capilla los observaba con la escasa claridad que permitía su llanto.

Al terminar los oficios el grupo salió compacto y empezaba a subir la empinada calle cuando su llamada los retuvo. Pablo retrocedió apenas al oír su nombre y la observó con sorpresa.

—Tengo algo que darle...

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

—Su madre me ha hecho este regalo pero no creo merecerlo. También me entregó una carta para usted.

El anillo de brillantes surgió en todo su esplendor; Pablo lo contempló, levantó la vista hacia Reme y lanzó una exclamación complacida.

—Agradezco su honradez porque se trata de una joya de gran valor que pertenece a la familia. Supongo que en los últimos tiempos mamá no tenía la cabeza en su sitio...

Reme apretó los dientes.

—¡No se atreva a decir nada parecido!

La sonrisa de Pablo se congeló; las palabras de Reme pronunciadas como aullidos de un perro apaleado penetraron en los oídos y atravesando el cerebro demudaron el rostro. Ella se alejó jadeando, arrastrando los pies. Pablo dio unas zancadas para alcanzar al cortejo y desaparecieron, todos juntos, por el final de alameda.

La vida en la Residencia siguió su ritmo; la habitación vacía se limpió a fondo y se pintaron las paredes. Volvieron a llamar a Reme para otra asistencia pero rehusó el trabajo porque le desgarraban los recuerdos y, al contrario que las residentes, no deseaba conocer el rostro de la persona que ocupase el vacío que Doña Manuela dejó. La profusión de coronas que acompañaron al féretro ya no existían y sobre la tumba solo había un bote con flores renovadas que crecieron en su patio y renovaba semanalmente. Su siguiente destino fue un Hotel que la contrató como cocinera; el trabajo no era de su agrado pero tenía la ventaja de que les permitían llevarse las sobras de la comida y su familia gustaba de sabores que de otro modo no habrían llegado a conocer. Hizo saber su condición de rehabilitadora y el gerente la recomendó a algunos huéspedes que solicitaron sus servicios y guardó estas ganancias en una caja de galletas vacía de las que nunca sacó un solo céntimo porque serían el ahorro en favor del taller de mecánica a que aspiraban sus hijos que ya hacían prácticas en aquel en que trabajaba el padre.

Llegó otra primavera, otro verano, agonizaba el siguiente otoño cuando la Directora le mandó aviso de que Don Pablo estaba allí y quería verla.

Reme movió la cabeza y lanzó un suspiro porque quizá estaba interesado en otras joyas de las que ella no tenía noticia. Acudió de mala gana; Pablo la esperaba delante de la cancela y le pidió buscar algún sitio para hablar. Se excusó por la tardanza pero había necesitado muchos meses para hacerse el ánimo de acudir a ella y pedirle una explicación que calmase la inquietud; se trataba de la última carta de su madre, la que ella misma le entregó, de unas frases que parecían referirse a algo que no acababa de en-

tender... ¿Era posible que doña Manuela estuviera enojada con él o entristecida por alguna causa que él no supiese?

Reme no sentía afecto ni simpatía alguna por la persona que le interrogaba; si quería saber, ella le contaría lo que la madre le ocultó... Le narró detalladamente el viaje a Madrid, su llegada al piso que intentaba abrir cuando ya no era suyo, la visita al abogado, el regreso inmediato, la verdadera causa del desfallecimiento... Cuando terminó, el sol empezaba a ponerse por el ocaso.

El cuerpo robusto era pluma oscilante de temblores. ¿Cómo? ¿Qué mamá estuvo en Madrid? Las mejillas se encienden y palidecen alternativamente. ¿Qué Bárcenas le dijo...? Los ojos amenazan con salir de las órbitas. ¡Usted debió...! Ella le mira de frente y le arroja siete palabras como siete pecados capitales: Yo a usted no le debo nada. Él baja la mirada que se prende en el velador al tiempo que dos riachuelos alcanzan con sus gotas el mármol del tablero. Intenta hablar y no sabe que decir. Solo acierta a extender el brazo y tomar la mano de Reme al tiempo que le pide perdón. No obtiene ninguna respuesta de la paciente ira que despertó.

Le vio marcharse; sus pasos vacilantes no la conmovían. Ella no ha de perdonarle, porque el perdón es solo para aquellos que se aman y quien tanto le amó ya no está para concedérselo.

Terminó otra primavera y se agotó el siguiente otoño. Las tiendas se llenaron de objetos navideños y se engalanaron de luces las calles; era un tiempo que imponía la felicidad y relegaba las ofensas al olvido. Reme compró calcetines como regalo de la Nochebuena y siendo que en esta ocasión estaba liberada del servicio regresó temprano a su casa. Sobre la mesa del comedor encontró un paquete dirigido a ella que había llegado esa misma tarde. Al leer el nombre del remitente la envolvió una bruma forjada en miedo e inquietud. En su interior había una cuartilla manuscrita junto al estuche azul y se dirigió a su cuarto para sentarse en la cama porque los aciagos pensamientos apenas la sostenían.

Señora Reme; desde nuestra última conversación me corroe el remordimiento por tantos errores como cometí y temo que por mucho tiempo que viva no recuperaré la paz interior. La envidio, Señora Reme porque usted tuvo la dicha de acompañar a mi madre cuando yo, que era quien debía estar a su lado, la dejé sola. Mi madre quiso que el anillo fuera para usted; no crea por ello que se lo reintegro solo como la obligación que tengo de cumplir su último voluntad, sino porque es la única persona que lo merece y espero que sirva como testimonio del agradecimiento que le debo al haber contraído con usted una deuda que nunca podré pagarle. Y con el

deseo de que sus hijos no se conviertan en el hombre que yo fui. Úselo, o déle el destino que mejor convenga a al interés de su familia. Siempre a su disposición. Pablo García.

Reintegró la cuartilla al sobre sin decir palabra y no abrió el estuche de terciopelo azul. Sus ojos estaban tan secos como las rocas que arrojan los volcanes y las manos se aferraban al borde de la mesa sobre el que esa noche habían sustituido el hule habitual por un mantel. Su marido e hijos la contemplaban aguardando una explicación que no parecía dispuesta a darles hasta que la insistencia le hizo claudicar.

—Cosas extrañas que solo pueden ocurrir en Navidad. Quien sabe si por fin los Reyes Magos pueden traeros vuestro propio taller.